

alucinaciones de la aristócrata y de la mansa servidumbre de su lacayo, son, en verdad, inolvidables.

Por su parte, Benavides, futuro autor de reportajes sociales tan populares como *El último pirata del Mediterráneo* (1934) o *La revolución fue así* (1935), emprendió su andadura literaria con unas narraciones endebles y vacilantes, dominadas por un erotismo obsesivo, de las que no tardaría demasiado tiempo en arrepentirse. En *Un hombre de treinta años* (1933), cuando el grupo de jóvenes obreros y estudiantes al que se había sumado el personaje central, Arias —evidente trasunto del escritor—, decide organizar una quema de libros, aparece el siguiente testimonio:

«La quema se generalizó de tal forma que nadie se preocupaba de ver los títulos ni los autores. Ni el mismo Benavides se salvó. Sus tres libros: *Lamentación*, *En lo más hondo* y *Cándido*, hijo de *Cándido*, perecieron en las llamas.

Tuvo más suerte Cervantes con su *Galatea* —dijo Arias—. Por ser amigo del cura se libró de las llamas. Pero Benavides, con todo y ser amigo mío, no se salva... ¿No podíamos hacer algo por ese pobre *Cándido*?

Imposible —lamentó el estudiante—. No queremos amistades con los tímidos. Y sus otros dos libros están llenos de tal preocupación sexual, que no pueden ponerse en las manos de ninguna persona decente. Por fortuna, no los ha leído casi nadie.»

Pero la nómina de los novelistas eróticos no se agota, ni con mucho, con los nombres y orientaciones apuntados. Para dar cabal idea de su extensión basta con indicar que también tienen pleno derecho a figurar en la misma Angel Samblancat o Alfonso Vidal y Planas, autores que hicieron de los mundos marginales, y sobre todo de la figura de las prostitutas, tema fundamental de sus obras; unas obras, conviene subrayarlo, cargadas de desgarradoras denuncias y bastante influidas por el modernismo.

«Galantes», realistas decimonónicos, escritores en transición hacia el realismo social, y un etcétera demasiado amplio: por ambigua y genérica carece de validez la etiqueta de «novelistas eróticos», en injusta antonomasia atribuida, poco menos que en exclusiva, a los autores «galantes», cuyo populachero estruendo ahogó, impidiendo fijar su memoria, nombres y textos de mayor entidad literaria.

Crisis de la «novela galante»

Desde los años finales de la década de los veinte, coincidiendo con el agotamiento de la monarquía alfonsina, resultaba evidente la crisis de la «novela galante», incapaces los autores de renovarse y con un significativo núcleo de lectores orientados en muy diversas direcciones. Paulatinamente en retroceso, aquel subgénero perviviría en calidad de fenómeno residual durante los años republicanos, tozuda y machaconamente cultivado por unos escritores que habían hecho profesión de su persistencia en el mismo.

José María Carretero, cuya obra anterior abundaba en escenas que permitían temer sus posteriores extravíos, optó por pasarse de lleno a una modalidad que poco tiempo después obtendría lamentabilísima vigencia: la novela —o el libelo— derechista, por supuesto de aventuras y con ingrediente amoroso. Para dar idea —pálida idea— de

TEMAS SEXUALES



los males venéreos

A. MARTIN DE LUCENAY

1'25

su tesitura, nada más adecuado que repasar una de aquellas obras de Carretero: *La Venus bolchevique*, publicada en Madrid y 1932.

Olga Kuprin, que así se llamaba la tal Venus, era, claro está, una bolchevique redomadamente cruel y fría a quien los gajes del oficio condujeron a Barcelona, no sin antes haber protagonizado una increíble serie de aventuras en París, con la misión de organizar en España la subversión comunista. Olga, encubriendo sus tenebrosos manejos bajo la honrada apariencia de «Madame Garnier, costurera», se dedicó, desde la capital catalana, a redactar mensajes del siguiente tenor:

«Venta hoy, floja. Recaudación, tres mil pesetas. Modelos *Capricho* y *Air de France*, agotados. Tres vestidos llegados ayer, inutilizados. Nueve más necesitan reparación. Suspenda envíos. Colette.»

Naturalmente, iba de clave. El contenido real del telegrama era, cual correspondía, turbio y desalentador para la grey subversiva y extranjera. Descifrado, decía así:

«El movimiento ha fracasado. No lo han secundado más que mil obreros. Los agentes Wunchs y Denikin, presos. En choque con la fuerza pública resultaron tres muertos y nueve heridos. Por ahora, aquí hay que suspender todo intento.»

Pero no concluyeron con tan rotundo fracaso las desgracias de la Venus bolchevique: mujer fría... en París, su frialdad, en España, sucumbiría frente a los encantos de un recio varón español, el Marqués de Monteblanco, joven juerguista, calavera y arruinado, aparte de generoso y valiente, cualidades que Carretero jamás regatearía a ningún compatriota de su cuerda. Pues bien: Olga Kuprin y el Marqués de Monteblanco, o sea, la nueva Rusia soviética frente a la España eterna. Ni que decir tiene: a los postres de una corrida de toros, y en Sevilla, el caballero ejecutó la virginidad de la bolchevique, y después, para colmo de escarnios, la dejó plantada por una «novia ideal», «una santita de retablo», con la cual se citaba en las iglesias. «Después de muerta mi madre —se declararía el marqués—, eres tú la primera mujer que me hace rezar.»

Mucho menos osados que Carretero, la mayoría de sus compañeros «galantes» se conformaron, en sustancia, con volver a endosar a sus pacientes lectores los relatos habituales variando epidérmicamente sus argumentos. Acentuaban o reducían, a conveniencia, las dosis de sales gruesas; ésa era su piedra filosofal, su secreto a voces. Un secreto, pues, de cocina, y de cocina en apariencia literaria, camuflado a veces con alusiones o referencias a la realidad.

La revolución del 69. Novela comunista del contumaz Joaquín Belda, obra elocuente ya desde el título —pues, como podía sospecharse, el sesenta y nueve de marras ninguna relación guarda con la historia—, constituye un magnífico exponente de cuanto acabo de afirmar. Su acción, dividida en tres partes, sucede primero en París, socorrido refugio de los grotescos miembros de una absurda organización comunista entregados a planear el consabido complot, y luego en el interior de nuestro país, donde vertiginosamente se suceden la implantación de una república burguesa, su inmediato fracaso y el subsiguiente triunfo de una revolución comunista. De una revolución comunista entendida, claro, en el sentido más burdo del término: amor